

ADELANTE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Trimestre..... 2'00 ptas.
Mes..... 0'75 »

AÑO II.

NUM. 55.

SE PUBLICA LOS MIERCOLES

DAIMIEL 30 DE ENERO DE 1924

PAGO ANTICIPADO

LA ALHAMBRA (BOCETO)

La residencia antigua de los sultanes Nasseritas, que según una inscripción árabe que allí se lee, fué edificada por Abul Hagag Yousouf, cuatrocientos años ántes; el palacio granadino, que semeja fastuosa y sublime ostentación del más puro y refinado arte árabe; el grandioso y hechicero monumento que inspiró al poeta mahometano la exclamación veraz y entusiasta, «¡Oh levantado asiento de regia y excelsa dignidad, y asilo portentoso de arte y magnificencia!»; la maravilla, en fin, de las maravillas, desafiando el paso demoledor de los siglos con las áureas y prolifas labores de sus muros, que parecen encajes peregrinos ejecutados por manos de hadas, atrae al turista universal—a semejanza de la catedral de Burgos y de la mezquita de Córdoba—con más poderosa y avasallante fuerza que ninguna otra obra grandiosa, y le asombra, conmueve y fascina igualmente como ninguna otra joya arquitectónica de nuestra patria.

Por muy limitada que resulte la fantasía y por muy escasa que aparezca la percepción de la belleza en la naturaleza y en el arte en el hombre afortunado que, pasando bajo la *Puerta de la Justicia*, penetra en el recinto encantado de la Alhambra, consigue notar prontamente que se abre un mundo nuevo y luminoso ante sus atónitas miradas, o que ingresa en el país de delicias que alguna vez entrevió durante sus más exaltados sueños; algo, por último, fabulosamente fantástico y grandemente misterioso, que él no podría expresar ni describir adecuadamente, sin poseer del todo el idioma de los ruiseñores habitantes en aquellos paradisiácos jardines, que transcurren muchas horas de la noche cantando las magnificencias que, seguramente sorprendidos y atónitos, debieron admirar ellos también durante el día.

En ocasión en que el aludido hipotético mortal recorre las diversas estancias del sublime alcázar de los monarcas moros, sin lograr descubrir, no obstante su deseo, el hilo de oro que las une como a las perlas de un fastuoso collar, ni darse clara cuenta tampoco de su distribución adecuada y lógica respecto a los usos y menesteres de la vida cotidiana de aquéllas gentes, opulentas hasta la fábula, que las habitaron, y cuando, para acabar, se explica y comprende como creación de la esplendidez y del capricho más limita-

dos aquéllas mansiones de las *Mil y una noches*, erigidas en campo de jardines y circuida de torres, como mariposa aprisionada en una fortaleza, por muy pequeña intuición poética, vuelvo a escribir, que la madre naturaleza dejara caer en el alma del visitante, al experimentar forzosamente éste el especial escalofrío de la emoción estética, mirando tan indescriptibles maravillas, ha de sentirse alucinado conjuntamente por el vago, sutil y delicioso perfume que emana de lo irreprochablemente perfecto, perfume que transforma y poetiza con su exquisita caricia hasta al espíritu más frío e indiferente a las excelsas manifestaciones de lo bello, aún dada una comprensión deficiente e imperfecta de aquéllas.

¡Cuánto se ha soñado en el *Patio de los Arrayanes*, en el de *los Leones*, en el *Cuarto Dorado*, en el *Salón de Embajadores*, en el *Mirador de Lindaraja*, en la *Sala de los Divanes*, en el *Patio de la Reja*.... desde los tiempos de Mohamed V, de Yusuf o de Ismail! En aquéllas dependencias, suntuosas hasta la hipérbole, las paredes se encuentran engalanadas de fabulosos mosaicos y, a partir de éstos, hasta la techumbre, de arabescos de increíble profuso dibujo, que parecen moverse y variar de sitio a cada momento. El artesonado de cedro, ofrece las combinaciones matemáticas tan del gusto de los arquitectos árabes. El carácter principal de la construcción árabe es mostrar pocos relieves y perfiles. La ornamentación se desarrolla en planos lisos y figura la escritura oriental como elemento decorativo. Las inscripciones—que se refieren casi siempre a saludos, proverbios y sentencias—, extraídas del Alcorán, se desarrollan a lo largo de aquéllos frisos, alrededor de los arcos de las ventanas, en los marcos de las puertas, entremezcladas con flores, follajes, y todas las fantasías infinitas de la caligrafía árabe.

Probablemente no sospecharía el fundador de la dinastía Nasserita; tal vez no llegaría a presumir Al-Ahmar I, que eligió la Alhambra para residencia de su sultanía, que había abierto tan maravillosa ventana a los sueños y deliquios de los hombres. Aunque quién sabe si llegaría a presentirlo vaga e imprecisamente alguna vez, al contemplar, desde un pequeño pabellón abierto, llamado *Mirador de la Reina*—sus-

A. H. M.
DAIMIEL